

EL PAN BAJO LA LUPA*

Leonardo Curzio¹

Resumen

Una institución para entender la historia de México en el siglo XX es el PAN. Durante 60 años de su existencia, el PAN también ha cambiado, por dilemas y contradicciones que toda fuerza política enfrenta. 1. Partido que canalizó institucionalmente el descontento de sectores sociales educándolos políticamente. 2. Logró poner al descubierto el carácter autoritario del sistema político mexicano. 3. Conservó y recicló parte del pensamiento conservador, católico e hispanista que la Revolución intentó matar.

Abstract

An institution which enables us to understand the history of Mexico in the twentieth century is the PAN (National Action Party). During the 60 years of its existence the PAN has also changed due to the dilemmas and contradictions which all the political forces have to face. 1. It is a party which institutionally expressed the discontent of certain sectors educating them socially and politically. 2. It showed up the authoritarian nature of the Mexican political system. 3. It preserved and recycles part of the conservative, catholic and hispanophile thought which the Revolution tried to destroy.

**El PAN: la larga marcha 1939-1994*, presentación del libro de Soledad Loaeza, México, FCE, 1999.

¹Investigador del CEIICH-UNAM.

Una de las instituciones más importantes para entender el siglo XX en México es el Partido Acción Nacional. Su papel a lo largo de esta seis décadas, tampoco ha sido el mismo. A veces ha participado en los asuntos públicos de manera directa y otras por reflejo, pero su actuación y su devenir son fundamentales para entender la evolución del sistema político mexicano desde finales de la década de los treinta.

Al margen de los sesgos que las diferentes lecturas imprimen a este instituto político, el PAN ha cumplido tres papeles fundamentales que no se le pueden regatear:

1. Ha sido durante décadas un partido que canalizó institucionalmente el descontento de muchos sectores sociales, educándolos políticamente en formas de protesta pacíficas y valoración del voto como instrumento privilegiado para el cambio.

2. Con su tesón logró antes y con mayor fuerza que otras fuerzas políticas poner al descubierto el carácter autoritario del sistema político mexicano y sirviendo de escaparate para exhibir los aspectos más ramplones de la cultura revolucionaria y la historia oficial.

3. Conservó y recicló parte del pensamiento conservador, católico e hispanista que la Revolución intentó sepultar.

Entender la historia del PAN no es cosa simple porque está plagada de los dilemas y contradicciones que toda fuerza política enfrenta en su discurrir. Las complicaciones se acrecientan cuando nos plantean tres preguntas:

•¿Cómo subsistió un partido político con vocación democrática en un sistema autoritario dominado por un partido hegemónico?

•¿Cómo subsistió estos años un partido político basado en la observancia de reglas y procedimientos en un ambiente dominado por los caudillismos y personalismos?

•¿Cuál es el periplo de un partido que procesa y conserva las tradiciones culturales en un país dominado por una historia oficial caracterizada por un discurso que demoniza esas tradiciones?

El PAN es, por lo tanto, un partido que tiene una doble existencia. Un cuerpo que de manera permanente se ve en dos espejos diferentes que lo traicionan, uno embelleciéndolo y otro deformándolo. Esta doble imagen dificulta al observador externo el distinguir cuál de los rostros es el verdadero. La historia y la leyenda —blanca o negra según quien la escriba o la cuente— tienen fronteras porosas en el caso del PAN.

Es un lugar común decir que los libros vienen a cubrir un vacío, pero en este caso es absolutamente cierto y de no serlo no lo diría pues tiene el texto muchas y admirables virtudes que podrían destacarse para comentarlo. Es un libro que honra la tradición universitaria, pues está lejos, muy lejos de esta nueva moda de libros colectivos que más parecen números monográficos de revista que estudios sistemáticos, o esa nueva corriente de politólogos que escriben libros periodísticos, o periodistas que se presentan como analistas; en fin, estos libros ligeros donde se avanzan hipótesis y no se desarrollan y se prueban o se refutan tomando en cuenta las pruebas documentales (en las que descansa el trabajo que comentamos).

El libro de Soledad Loaeza, en definitiva, ha logrado cubrir el vacío de contar con un estudio sistemático y profundo sobre dos cuestiones fundamentales: la evolución del PAN propiamente dicha y el papel de éste en el sistema político. La historia del PAN puede dividirse de manera esquemática en tres grandes momentos: 1. El nacimiento. 2. La travesía del desierto. 3. El Renacimiento.

El momento fundacional de un partido es uno de los factores más importantes para entender su fisonomía, su lógica de funcionamiento y su proyección. Las circunstancias en que un partido nace determinan, por consiguiente, la forma que adoptará y el momento fundacional del PAN está marcado por dos grandes temas la construcción de un consistente edificio ideológico y doctrinario que estaría llamado a subsistir en sus líneas más generales hasta la fecha, y una gran decisión organizativa que le va a conferir esa vida institucional y observancia de las reglas tan característica del PAN, pero sobre todo ese carácter impersonal que ha hecho del blanquiazul un partido tan atípico en el contexto mexicano del siglo XX.

En la tradición panista, Soledad Loaeza ha encontrado tres lenguajes, tres formas de entender la política y la historia que en el fondo expresan tres culturas políticas de diferente estirpe. Una encarnada por González Luna que le dio al PAN ese tinte dogmático y rígido, católico y tradicionalista, esto es la rama jalisciense. Otra más emparentada con una tradición norteña que con el correr de los años se transformó en la práctica en una línea anticontralista, y finalmente tendríamos la puramente pragmática que estaría al servicio de intereses muy precisos.

Las tres concepciones políticas que aun ahora distinguen a los panistas son ampliamente analizadas y documentadas por la autora. Loaeza resuelve muy favorablemente el tema de la ideología fundadora, ese socialcristianismo a la mexicana. Un pensamiento que nace en los círculos católicos como alternativa entre el socialismo y el capitalismo. En el contexto mexicano la ideología democrática adopta acentos muy particulares como el asunto de la libertad educativa frente al proyecto educativo de la Revolución; la libertad de afiliación y la primacía de la persona frente al corporativismo sindical y la configuración de sujetos colectivos, el respeto al voto y a la legalidad en una democracia de fachada y una defensa de las libertades económicas, así como el rechazo a un Estado propietario, frente a un Estado expansivo.

La ideología fue importante en el inicio para estructurar al movimiento. En las etapas sucesivas cumpliría papeles diferentes. En la época de la travesía del desierto, la doctrina se convertirá en un discurso genérico y hueco para retomar inusitada fuerza en el periodo del renacimiento. La fuerza doctrinaria del naciente partido estaba destinada a ocupar un papel crucial en el desarrollo de la organización, pues Gómez Morín constataba “que en la tradición política de los últimos años, la gente está acostumbrada a no tener mucha fe en los programas y a seguir en cambio a las personas”.²

El PAN, en definitiva, nace como una institución guiada por una ideología y una doctrina muy precisas, lo cual le permitirá desarrollar

² Véase Carlos Arriola, *Ensayos sobre el PAN*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1994, p. 260.

una educación política coherente de sus militantes hasta llegar a ser, como lo deja ver Loaeza, un partido de militantes. Por otra parte, nace como una propuesta organizativa que consistía en la creación de un partido en vez de confiar, como lo sugería la aventura vasconcelista, en la audacia y la brillantez de un gran hombre.

El dilema organizativo, y en el fondo de concepción política, está plasmado en la célebre pregunta que el fundador del PAN hacía al gran Vasconcelos:

¿Vale más lanzarse a una lucha que pueda llevar a los grupos contrarios al exterminio para lograr el triunfo inmediato o perderlo todo, o vale más sacrificar el triunfo inmediato a la adquisición de una fuerza que sólo puede venir de una organización bien orientada y con capacidad de vida? Personalmente —concluía el fundador del PAN— creo en lo segundo.³

Y finalmente en la misma carta a José Vasconcelos, Manuel Gómez Morín se plantea los dos problemas (el ideológico y el organizativo) de manera conjunta.

Cierto es que públicamente... se ha hecho un llamado para iniciar una nueva vida democrática... pero ese llamado por sincero que sea no es más que un llamado... Justamente para que esa realidad llegue, será necesario que la buena intención o la sinceridad del llamado se apoyen en organizaciones selectas, capaces de adquirir o desarrollar bastante fuerza para imponer los nuevos principios en un medio que está absolutamente corrompido... Es indispensable —concluía Gómez Morín— que se procure la formación de grupos políticos bien orientados y capaces de perdurar.⁴

Aunque el joven partido tendría que enfrentar en su adolescencia una travesía del desierto, su patrimonio genético, por llamarlo de alguna

³ Véase Carlos Arriola, *Ensayos sobre el PAN*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1994, p. 265.

⁴ Véase Carlos Arriola, *Ensayos sobre el PAN*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1994, pp. 261-262.

manera, le permitiría renacer con una fuerza insospechada y una gran legitimidad moral entre muchos sectores.

La travesía del desierto

Mientras los sectores del país que discrepaban del cardenismo tenían agravios contra el régimen podían alimentar al panismo y, por tanto, la expansión del PAN resultaba posible. Pero muy pronto se estrecharían los horizontes. En el plano internacional, la Segunda Guerra Mundial y el avance del fascismo y del nazismo (con el que se identificó al polémico Almazán) empujaban a estructuras del tipo frente nacional. La lógica de esta figura, emblemática de los momentos críticos, es reducir la importancia de las discrepancias ideológicas y pronunciarse sobre las grandes dicotomías del momento.

La Revolución mexicana se alineaba en el bloque de los aliados y con ello se afianzaba en el poder. El régimen mexicano se montó, tal vez como casi ningún otro en el mundo en la ideología frentista para arrinconar a las oposiciones y obligarlas a apoyar al partido en el poder que ocupara desde entonces el gran centro político del país.

El pragmatismo del sistema político mexicano permitió, como es sabido, el desarrollo paralelo de una reforma agraria y un acuerdo con los empresarios para desarrollar la industria y los servicios. La progresiva derechización de régimen desde los años cuarenta pondrá al PAN frente a un dilema existencial: ¿era realmente una fuerza política implantada en el tejido social mexicano?, o ¿era un estado de ánimo de clases medias movidas más por el bolsillo que por las convicciones o peor aún, un instrumento de los grupos de presión empresariales que lo usaban como arma arrojadiza en coyunturas específicas y después volvían a su discreta pero eficaz militancia priísta?

Conforme el PRI se recorría a la derecha, gran parte del electorado pragmático de las clases medias y altas vivía su idilio con el régimen. El progresivo aislamiento no fue positivo. El PAN adquiriría más el perfil de secta, “los místicos del voto” los llamaba Ruiz Cortines, y su propuesta

ideológica parecía un discurso plagado de lugares comunes. Su crisis de identidad lo llevará a preguntarse en varias ocasiones cuál era su papel en el sistema político mexicano: ¿participar en las instituciones como la Cámara de Diputados que se abría como graciosa concesión del régimen para ganar más legitimidad, o permanecer fuera? Los dilemas existenciales se planteaban hamletianamente: ¿ser oposición democrática o simplemente oposición? El estudio riguroso del papel del PAN como elemento legitimador del sistema es una de las más apreciables contribuciones del libro que hoy nos convoca.

El PAN no logró resolver favorablemente estos dilemas y hacia los años setenta parecía un cadáver institucional que cumplía el papel de comparsa para legitimar los procesos electorales y de coartada ideológica de la mitología priísta para amenazar al país con “la vuelta de la reacción”.

Visto en perspectiva, es asombroso que un PAN devorado por la contradicción de participar en las instituciones o mantenerse al margen, pasara los momentos más grises de su historia mientras que su mortal enemigo (el sistema político) alcanzaba las cotas más altas de represión (1968), de demagogia (1970-1976) y de corrupción (1976-1982), sin poder erigirse como alternativa. En este tema el enfoque institucional desplegado por la autora permite entender muchas cosas.

Pero si las pugnas internas, hijas de la impotencia y la desesperación, hicieron cuanto a su alcance estuvo para desmembrar al PAN, el destino estaba a punto de ofrecerle la oportunidad de un renacimiento. El régimen priísta que había prácticamente asfixiado al blanquiazul, le daba, *in articulo mortis*, el oxígeno necesario para renacer.

La crisis del año de 1982 marca el desprendimiento de un apreciable sector de las clases medias de la órbita priísta. Durante los años ochenta el avance del panismo empieza a ser muy notorio y tras las elecciones de Chihuahua y su demostración de vitalidad en estados como Sinaloa y Nuevo León, el PAN se perfila como una verdadera opción de poder.

Finalmente las elecciones de 1988 fueron sólo un éxito relativo para el PAN. El carisma de Clouthier, pero también los límites discurs-

sivos de una retórica simplificadora⁵ característica de ciertos líderes empresariales, sellaron el destino del PAN en aquellos comicios.

Si los primeros años de la década de los ochenta habían transcurrido en un escenario estratégica y tácticamente sencillo, al final del decenio el panorama se complicaba seriamente. En los primeros años era simple identificar al enemigo: un régimen autoritario y corrupto que llevaba al país a la pobreza. En esa época, las diatribas contra el populismo, las fórmulas pueriles “de gobernar al país como una empresa” ganaban fácilmente terreno. Una Revolución en decadencia material y discursiva y capitaneada por Miguel de la Madrid era un enemigo fácilmente atacable.

Pero en el final de la década, el paisaje estratégico se complica para el PAN porque en el tablero político aparecen dos nuevos jugadores. El cardenismo que sugiere apostar por la democratización hasta sus últimas consecuencias; y el salinismo, que apoyado por los grupos empresariales e inclusive por la iglesia (referentes clásicos para las bases panistas) planteaba reformar el estado en un sentido liberal.

El fenómeno Cárdenas pondrá al PAN ante un nuevo dilema. El enemigo de la infancia, o más bien su hijo, aparecía en la madurez enarbolando sus mismas banderas (democracia) y haciéndolo con mayor vigor y eficacia electoral al desplazar al PAN de su tradicional segundo lugar y poner —como lo hizo el PAN en Chihuahua años atrás— en entredicho la legitimidad del triunfo priísta.

Las relaciones con Salinas de Gortari no serán menos complejas. Salinas representaba, por un lado, la expresión más acabada del fraude electoral, pero por el otro se revelaba como el reivindicador involuntario de pasajes de la ideología panista.

En pleno periodo reformista de Salinas de Gortari (1991), Luis H. Álvarez escribía entre satisfecho y ufano que finalmente la ideología panista había resultado triunfadora en el pulso histórico que había mantenido con la Revolución. El que fuera dirigente del PAN escribía:

⁵ Arreola ha realizado un estudio detallado sobre las campañas de Clouthier que pone al descubierto los límites y las contradicciones de su discurso. Véase Carlos Arriola, *op. cit.*

Gómez Morín afirmó entonces (1940)... la derrota ideológica del régimen y su debilidad ante la opinión nacional, el fracaso de la agricultura colectivizada a la fuerza, la falta de respeto por campesinos y trabajadores, la ausencia de sistemas técnicos y la presencia de la corrupción en Petróleos Mexicanos, la cloaca del falso sindicalismo magisterial, el absurdo jurídico, político y moral del Artículo 3 de la Constitución, la acción económica irresponsable del gobierno... el caos monetario y la monstruosa confusión entre gobierno, Estado y partido oficial. La conclusión del maestro —prosigue Álvarez— fue inequívoca: El régimen del grupo en el poder actúa contra la nación. Pero tuvieron que pasar casi 50 años para que ese régimen, desde su cúspide, reconociera su derrota ideológica.⁶

Los dilemas del renacimiento panista son pues ¿cómo relacionarse con los opositores y cómo hacerlo con el gobierno? Acercamientos y distancias de unos y otro han marcado la estrategia panista desde 1994. La cercanía al poder nunca estuvo tan cerca como en las elecciones de 1994. Sin embargo el PAN pareció replegarse por consideraciones políticas inconfesables⁷ que todavía levantan interrogantes.

En los últimos años el PAN ha tenido un periodo de auge electoral a partir de 1995 y un relativo retroceso desde 1997 hasta la fecha. A pesar de estas variaciones los grandes dilemas panistas siguen siendo los mismos que a finales de la década anterior, a saber cual es el punto de equilibrio entre el gobierno y la oposición cardenista. Visto en retrospectiva, el PAN ha jugado en las dos bandas con resultados bastante contradictorios. La cooperación legislativa con el gobierno inició bajo la administración Salinas y se ha extendido en los últimos años para aprobar especialmente los asuntos económicos. Con el gobierno de Ernesto Zedillo la cooperación se extendió a la rama ejecutiva. Por otro lado, formó con el PRD y otros partidos el llamado bloque opositor que provocó una revitalización del Poder Legislativo.

⁶ Véase Luis Álvarez, "Partido Acción Nacional", en Federico Reyes Heróles (comp.), *Los partidos políticos mexicanos en 1991*, México, FCE, 1991, pp. 11-12.

⁷ Véase el análisis de Francisco Reveles, "La ruta del segundo lugar: la campaña presidencial del PAN en 1994", en *Estudios Políticos*, Cuarta época, núm. 6, México, UNAM-FCPyS, enero-marzo 1995, pp. 179-200.

A este gran dilema que el PAN ha venido resolviendo casuísticamente pero más cerca del gobierno priísta, se agrega uno más y es el fenómeno Fox. Para un partido tradicionalmente apegado a procedimientos de selección interna muy escrupulosos y despersonalizados, la forma en que Vicente Fox se ha autoproclamado como el candidato de ese partido rompe con la tradición. El gran riesgo que ahora enfrenta el PAN, visto como sujeto histórico, es que hoy por hoy su principal carta para triunfar es el líder que confía en su imagen y en su llamado para renovar el país. Un Vasconcelos no ilustrado, si se me permite la comparación, es sin lugar a dudas el principal comodín disponible en la baraja del blanquiazul. Pero esto ya es tema que queda fuera del corte histórico trazado por la autora, que es 1994.

El libro de Loeza en la producción bibliográfica

La bibliografía disponible sobre el PAN puede dividirse en tres:

Una parte de la producción escrita sobre el blanquiazul ha sido animada más por la crítica o la denuncia que por un análisis sereno y distante, generando en algunos casos auténticos libelos. Un ejemplo de esta línea es el trabajo de Vicente Fuentes Díaz.⁸

Existe un apreciable caudal de documentos programáticos, discursos y trabajos de los prohombres del panismo.⁹

Son pocos, pero también los hay, los estudios sistemáticos sobre la

⁸ Vicente Fuentes Díaz, *Los partidos políticos en México*, México, Porrúa, 1996.

⁹ Existe una abundante producción partidista sobre iniciativas y propuestas del partido, así como revistas y publicaciones periódicas (*La Nación*, *Bien Común y Gobierno*, etcétera). Una estupenda obra de divulgación sobre el pensamiento de uno de los fundadores del PAN se encontrará en Carlos Castillo Peraza (comp.), *Manuel Gómez Morín, constructor de instituciones*, México, FCE, 1994. Puede verse también como ejemplo María Elena Álvarez de Vicencio, *Alternativa Democrática*, México, EPESSA, 1986 y más recientemente Juan José Rodríguez Pratts, *La congruencia histórica del PAN*, México, EPESSA, 1997.

evolución y el pensamiento panista¹⁰ y no me cabe duda que este libro es la cumbre.

Existe finalmente una producción, que se ha incrementado notablemente en los últimos años, de análisis de coyuntura algunos y otros de mayor calado, sobre la participación del PAN en procesos políticos específicos.¹¹

De esta producción se derivaban tres visiones sobre lo que ha sido el PAN en estos años. La primera es la visión construida desde el régimen que sataniza al PAN como el representante de fuerzas reaccionarias e intereses extranjeros inconfesables. La segunda es una visión formalista de lo que es el PAN, que tiende a verlo no en su heterogeneidad y en sus contradicciones, sino como un partido coherente ideológicamente y con un alto nivel de institucionalidad. La tercera tiende a reducir al PAN a una visión coyuntural por su participación en un contexto determinado que en muchas ocasiones borra o minusvalora el análisis de la trayectoria completa. No es casual, por tanto, que siguiendo esta línea de interpretación se le etiquete ora como el partido de la resistencia civil, ora como el partido concertacionador sin ubicarlo en una línea temporal más larga.

¹⁰ Sin un afán exhaustivo véase Carlos Arriola, *Ensayos sobre el PAN*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1994. Jacqueline Peschard, "El PAN después de medio siglo: los límites de la oposición leal", en *Estudios Políticos*, núm. 6, 1991. María Marván Laborde, "El Partido Acción Nacional 1949-1962", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 50, núm 3, 1988. Donald Marbry, *Mexico's Acción Nacional. A catholic alternative to Revolution*, Syracuse University Press, 1973. Y una serie de artículos importantes, que por razones de espacio no citamos en su totalidad, de autores como Mario Alejandro Carrillo, Alonso Lujambio, Soledad Loaeza y Víctor Reynoso.

¹¹ En esta subdivisión podemos reagrupar estudios regionales, de geografía electoral y análisis de coyuntura sobre los procesos políticos de la década de los ochenta y noventa como el caso Chihuahua, Guanajuato, Sonora y otros en los que el blanquiazul jugó un papel importante. Sin afán exhaustivo, véase por ejemplo: Enrique Krauze, "Chihuahua ida y vuelta", en *Por una democracia sin adjetivos*, México, Joaquín Mortiz/Planeta, 1986. Guadalupe Valencia, *Guanajuato*, México, CEIICH/UNAM, 1997. Y otro conjunto de trabajos de autores tan importantes como Tonatiuh Guillén, Ricardo Alemán, Alberto Asiz, Víctor Alarcón y Enrique Montalvo.

La imagen sin contornos definidos del PAN es una realidad. Tal vez la mejor caracterización en grandes pinceladas se la debemos a una de sus estudiosas más agudas y sistemáticas, Soledad Loaeza, quien señaló en un artículo de *Nexos* de 1996:

el PAN es como un familiar con quien nos topamos regularmente en celebraciones obligadas, lo saludábamos con cortesía porque sabíamos que era una persona decente, pero nunca buscamos la oportunidad de averiguar bien a bien quién era, ni por qué estaba allí.¹²

El conocimiento sobre el PAN para amplios sectores de la sociedad era producto entonces de un conjunto de imágenes que mezclaba, con dosis variables, los siguientes elementos:

1. Lugares comunes que la propaganda del régimen no cesó de difundir (como la encarnación de la triple conspiración de la iglesia, Estados Unidos y el gran capital).

2. Sospechas más o menos comprobadas que se trataba de un partido de gente decente que defendía principios.

La primera batería de críticas que el régimen y sus portavoces enfilaron en contra de Acción Nacional ha sido su interpretación de la historia. La historia oficial de México se fundó en una lectura excluyente, de nuestro pasado. La religión cívica, forjada por los liberales del siglo pasado, fue absorbida por el nuevo régimen y el panteón de héroes fue ampliado a los revolucionarios. Poco importaba que casi todos hubiesen muerto por mandato de quienes fueran sus compañeros, la magia de la historia oficial reconciliaba a Zapata con Carranza o a éste con Obregón.

Con esta historia manipulada para incrementar el fervor patrio y servir de coartada legitimadora al nuevo régimen. Como toda construc-

¹² Soledad Loaeza, "El PAN, ese desconocido", en *Nexos*, núm. 219, México, marzo de 1996.

ción de tipo religioso, la historia oficial tenía a sus santos: Cuauhtémoc, Hidalgo, Morelos, Juárez, pero también construía su legión mefistofélica: Cortés, Iturbide, Alamán, Miramón y Maximiliano a la que se asociaba al PAN.

De esta forma, el régimen empezaba a endosar al PAN la figura de unigénito de todos los demonios y los traidores. Todavía en estos tiempos finiseculares, cuando el ardor revolucionario sube, las filípicas anti-panistas incluyen los floridos motes de “herederos de Maximiliano”, “descendientes de Iturbide” como elementos de descalificación.

De la concepción de la historia oficial no sólo se desprenden “los enemigos de México” sino los males originales que explican el retraso del país. El primero es la religión católica, que para la tradición panista es un factor de unión de los pueblos y una raíz sólida de nuestra civilización, y la segunda es la tradición hispánica.

Hoy que el indigenismo maniqueo se ha vuelto en contra del régimen y México empieza a revisar más serenamente su pasado, la memoria conservadora, hispanista y católica del país, políticamente expresada durante varias décadas por el PAN, ayuda a revisar el catecismo cívico acuñado por los regímenes de la Revolución y sería deseable que de su estudio conjunto se decanten los mitos de una y otra versión y lleguemos a una visión más objetiva y menos polarizada de la historia del país.

Otra imagen ampliamente difundida es la que asocia al PAN con una espuria triple alianza con la Iglesia, los empresarios y el Gobierno norteamericano. El vigor de esta imagen es portentoso y demostró su utilidad al servir de fundamento legitimador del “fraude patriótico”, deleznable mecanismo para despojar al PAN de su triunfo en Chihuahua en la década anterior.

Aunque una mínima revisión de la historia reciente de este país demuestra que el partido más cercano a la triple alianza es el PRI, la relación del PAN con estos tres agentes no es del todo clara. La iglesia, los empresarios y Estados Unidos han sido un referente importante para el panismo y en muchas ocasiones queda la impresión que el PAN ha sido utilizado por estas fuerzas para presionar al régimen a negociar o a flexibilizar sus posiciones.

Obviamente las imágenes varían según el espejo en el que se mire al PAN. El que lo embellece pone de relieve una interpretación más serena de la historia, alejada de la ramplonería de la historia oficial. Una interpretación que pone en perspectiva el ser nacional revalorando sus tradiciones hispánica y católica. Pero el espejo que lo afea nos presenta al partido del racismo y los privilegios de la colonia y el hispanismo imperial, de la religión enemiga del progreso.

A sesenta años de su fundación, si el PAN se mira en el espejo que lo deforma se verá al partido de una clase media pacata, tradicionalista reaccionaria y profundamente ignorante. Un partido, en consecuencia, fácilmente manipulable por las tres fuerzas del mal. Pero si se le ve en el otro espejo, puede apreciarse un PAN formado por gente decente enemiga de la corrupción y hastiada de la cleptocracia que ha gobernado este país.

Más allá de los espejos, que aunque deforman, reflejan, el PAN es una realidad política y cultural sin la cual es imposible entender el siglo XX.

El libro de Soledad Loaeza, un centauro que combina la historia con la ciencia política, es una obra fundamental que me permito recomendarles y naturalmente aplaudir que los grandes profesores dediquen su tiempo a ofrecer al público universitario estas obras de gran calado.